



EUROSTARS
HOTELS

2018

Feliz Día del Libro

¡Adéntrate en nuestro universo literario y disfruta de los mejores relatos ambientados en Eurostars Hotels!

Ver
relatos ▶

Introducción

La lectura nos evoca a mundos desconocidos, historias que llaman nuestra atención y nos hacen partícipes de cada acontecimiento, de la acción, adentrándonos por unos instantes en nuevos parajes donde cuanto suceda nos hará despertar un universo de emociones mientras caminamos por las páginas de una obra literaria.

Conmemorar el Día internacional del Libro es celebrar el fomento de la lectura, el acercamiento a nuevas culturas y la unión entre ellas, el descubrimiento de nuevas formas de pensar... es, en definitiva, reconocer a todos aquellos autores que nos hacen entrar en sus relatos, y vivir y aprender de ellos.

El origen de esta festividad se remonta a principios del siglo XIX, con la muerte de escritores que han marcado un antes y un después en el mundo de la cultura: Cervantes, Shakespeare o Garcilaso de la Vega. Por ello, cada 23 de abril el libro se vuelve el protagonista de muchas calles, siendo además un regalo especial tanto para los enamorados como para aquellos que quieren prenderse de la lectura.

Para conmemorar el Día Internacional del Libro, en Eurostars Hotels queremos regalarte este e-book recopilatorio de las historias ganadoras de la última edición del concurso de Relatos Breves, una iniciativa de la cadena que busca premiar y reconocer la creatividad de nuestros huéspedes.

Queremos que con estas historias te sorprendas de todo lo que puede suceder en un hotel y te animes a mandarnos la tuya en la edición actual del concurso.

¡Que tengas una feliz lectura y esperamos verte pronto!

Índice

01 Granada en la memoria	4
02 Mi nuevo trabajo	6
03 La mañana siguiente.....	8
04 Otra noche leyendo microrrelatos en un Eurostars	10
05 La trama de los impresionistas.....	12
06 Hotel Cuba	14
07 Salamanca 1900.....	16
08 Oh happy day	18
09 Valeria	20
10 Oroel	22
11 Las teselas del mosaico	24

Granada en la memoria

VII Edición 2018

Autora: Andrea Zúñiga Vázquez

El pasado me recibió al llegar a Granada. Al pasar por las puertas principales del hotel Gran Vía recordé que debajo de mis pies había una historia que era imposible borrar. Las ruinas antiguas brillaban bajo el vidrio. Todavía me paseo en el pasado incrustado del recuerdo de aquellos días.

El último viaje en familia resultó en sacar lo peor de cada uno de nosotros. Nos dijimos lo que nos daba miedo articular en casa. Tras tantas horas juntos era imposible voltearnos a ver. Las discusiones habían sido interminables, igual que la carretera. Pero mi abuela sonrío en el recuerdo. Para cuando entramos al hotel ya se le habían olvidado las peleas en el carro y la manera en la que le había gritado a mi mamá. Para mi abuela las vacaciones apenas comenzaban e iban de maravilla. Mientras esperábamos las llaves del cuarto, me volvió a contar la historia de Granada, sobre los escritores que caminaron por sus calles y sobre el encanto inigualable de la Alhambra.

Fue en aquella ciudad donde mi abuela pronunció mi nombre por última vez. Al regresar del viaje, y por suerte en sus últimos días de vida, el Alzheimer tomó control total y todos nos volvimos caras desconocidas. Lienzos en blanco. Un grupo de personas extrañas que vivían en su casa y que sabían todo de ella. Fue también en ese viaje que la familia estuvo completa por última vez. El viaje terminal, por así decirlo. Como sucede, el tiempo no paró y uno por uno se fueron despidiendo. Es por eso que me pesa el recuerdo. En aquel momento el viaje no fue más que enojos, frustraciones y un deseo de volver a casa. Mala suerte, mal tiempo, la lentitud de todos y el enojo característico de mi madre eran más notorios en aquel sitio tan lejano. Exactamente el lugar con el que había soñado y que solo había podido ver en postales.

La abuela se puso mal al segundo día. Le dolían las rodillas y le era difícil moverse. Esa misma mañana olvidó el nombre de mi tía y no recordaba qué día era. Decidimos que sería mejor que se quedara en el hotel mientras salíamos a recorrer la ciudad por la mañana. Ella, enfadada por no tener otra opción, no dijo una palabra y se retiró a su

cuarto dejándonos a todos en silencio. Nos volteamos a ver pero no dijimos nada. Ese día fuimos al recorrido de la Alhambra y al llegar ahí pude ver cómo se desplegaba ante nosotros, imponente. En ella cabe la historia de distintos reinos, distintos gobernantes y millones de vidas que pasaron por ahí. En sus paredes vi secretos que nunca se podrán entender.

Recuerdo caminar por el patio de los Arrayanes, el Patio de los Leones y la Sala de Dos Hermanas. Pensaba en mi abuela tumbada en el hotel y sentía tristeza. Los cuentos de Washington Irving que ella me había leído hace tantos años ahora se representaban ante mí.

El buen rato no duró mucho. Como todo en ese viaje familiar, el recorrido se terminó por arruinar. Mi madre y mi tía, necias por el calor, querían irse sin terminar el tour. Los otros, indiferentes al lugar en el que nos encontrábamos, solo decían que sí. Sin otra opción más que empezar otra discusión interminable, tuve que regresar con ellos.

Cada quien se fue a su cuarto en el momento que llegamos al hotel, no nos queríamos ni ver. Pero minutos después, mi tía tocaba la puerta como loca. Al abrirla entró de golpe al cuarto, su cara estaba pálida. Nos dijo que no encontraba a mi abuela. Mi madre reaccionó de inmediato y estaba lista para llamar a la policía, pero logramos calmarla y hacer que solo llamara a recepción. Dijeron que no habían visto salir a ninguna mujer mayor durante la mañana, pero aún así mi madre salió del hotel corriendo para buscarla en las tiendas cercanas. Mi tía y yo nos dividimos los pisos y comenzamos a buscarla. Esto era lo que faltaba, más tragedia. Corrí de un lado a otro, subí y bajé las escaleras. Comencé a sentir miedo de que se hubiera caído o que se hubiera metido en algún lugar sin poder recordar cómo regresar. Comencé a sentir culpa por haberla dejado sola mientras paseaba por la ciudad. Culpa de

pensar en las vacaciones como una batalla constante con mi familia y de pensar en mi abuela como una carga.

Caminé por el spa, por el restaurante y no la veía. Estaba abrumada y enojada al mismo tiempo por la imposibilidad de que nada pudiera salir bien. Subí a la terraza sin más que hacer ni más lugares donde buscar. Al salir del elevador, inmediatamente la vi.

Mientras el sol se ponía, la ciudad brillaba color dorado. Mi abuela estaba sentada en una silla de la terraza. Los brazos cruzados y los ojos perdidos en el paisaje. Me senté junto a ella sin decir nada.

Puedo ver como la Alhambra brilla ahora en lo alto. Desde la terraza del hotel puedo ver sus torres y sus inmensas paredes. El silencio de la ciudad se extiende. Sentí como mi frustración se deshacía.

– María, ¿te acuerdas de lo que te conté que escribió Miguel de Unamuno sobre Granada?

Sí lo recordaba y al igual que él, las lágrimas también me comenzaron a subir a los ojos, pero en una combinación de pesar y alegría. La plenitud de la vida pasada solo se me ha manifestado en momentos fugaces de recuerdos. Recuerdos que se ignoran por la frivolidad falsa que les adjudiqué. Mi familia seguirá estando ahí. La abuela seguirá contando historias. Perfecta en la memoria y en ruinas en el presente. Pero estará, sin manera de deshacerla ni olvidarla.

La Gran Vía de Granada no dormirá. El pasado seguirá bajo nuestros pies. Observando.

Mi nuevo trabajo

VII Edición 2018
Autor: Darian Coman

Me despertó un ruido seco. Casi en el instante en el que abrí los ojos se tornó pálida mi cara, como un resorte. Una hoz enorme olfateaba amenazante mi faz con su metálica nariz a escasos centímetros de mi sudada frente.

No creía, no quería creer lo que estaba viendo. El tremendo susto ante tal imagen entumeció mis extremidades mientras observaba aterrado aquel producto de mis fantasías. O eso es lo que esperaba que fuera.

La oscuridad camuflaba levemente su silueta aunque el reflejo de una luz mortecina que se inmiscuía en la lujosa suite por los grandes ventanales acarició la maldita hoja de la guadaña desechando la opción de un montículo de ropa con forma extraña en la oscuridad.

Retrocedí a toda velocidad en mi cama con la gracia de un cangrejo que huye de su depredador mientras trataba de fundirme con el cabecero de la cama.

En un arranque de valentía, acerqué presto el móvil a la mano sin apartar la vista de aquella cosa y pensé seriamente que como la imagen siguiera ahí en el momento en que alumbrara con el aparato, sería una buena decisión gritar como el cobarde asustadizo que en realidad era y convertir mi cuerpo en un arma mortal de patadas, puñetazos, codazos y demás técnicas que había observado en diversas (y ahora que lo pienso bastante malas) películas.

Efectivamente la imagen no se esfumó con el botón de desbloqueo, al contrario, erguida en todo su esplendor, la jodida Parca en persona se hallaba ante mi cama. Sin embargo, y antes de que pudiera dar cuerda al magnífico plan que apresuradamente había trazado ante el percal que se me había montado en un momento, la Muerte habló. Me habló.

– Mucho tiempo ya llevo ofreciendo el descanso eterno, ahora es mi turno.

Recuerdo que su aguda voz casi me hizo gracia si no fuera porque seguía aterrizado.

Ni siquiera había acabado bien el discurso y se esfumó, por Dios que si se esfumó, pero no se acaba ahí no. Como si fuera poca prueba de que no estaba soñando el que hubiera manchado mis ya gastados calzones, la jodida Muerte se dejó la guadaña y la demodada toga negra que tanto la caracterizaba. Si todo esto no es suficientemente raro, encima se tesaron los objetos personales de tal conocido personaje como si de cartón fueran; La guadaña y la toga, ahí de pie, enfrente mío sin el característico esqueleto sosteniéndolos y aun así flotando sujetas por una invisible fuerza. No lo pensé dos veces y aproveché la ocasión para tratar de escapar de la mística amenaza luchando contra las sábanas que habían decidido en un mal momento enredarse alrededor de mis tobillos, haciendo aún más complicada y vergonzosa si cabe la huida. Sin embargo, y para mi sorpresa, cuando llegué a la puerta de la suite algo en mi hizo que desistiera en mi huida. Me quedé parado, dándole vueltas a lo que acababa de presenciar y haciendo caso omiso al terror que todavía sentía

y me gritaba con voz desgarrada que corriera como si no hubiera un mañana. Una idea acalló definitivamente la molesta voz del miedo y la razón provocando que me diera la vuelta y escrutara aquel disfraz que seguía ahí parado casi disfrutando la situación.

Antes de hacer mía la negra manta y probar mi nueva arma, me consoló la idea de que probablemente las anteriores Muertes también se habían meado encima en el momento de heredar el trabajo.

La mañana siguiente

VII Edición 2018

Autora: Ana Isabel Pérez Romera

A veces aún pienso que la vida no me ha tratado como me merezco. Muchas veces me siento observada por un ojo oscuro que me desnuda la voluntad de querer seguir viviendo, sé que es difícil pensar que no me han tratado bien, puesto que siempre es más fácil juzgar la vida de los demás que la propia. Al conformarme y aceptar ciertas cosas no me he sentido mejor, sólo me he dejado llevar arrastrada por los deseos ajenos. Sé, también, que aceptar, avanzar y asumir sin mirar atrás tampoco me va a devolver todo aquello que ya he perdido y es por esto que cuando decidí ser valiente no me quedé sin nada.

Aquella mañana cuando salí de casa, me despedí de Carlos y de los niños como siempre, pero esta vez supe que algo iba a ser diferente. Como cada año y con la excusa de celebrar nuestra amistad fraguada entre la diversión y el estudio, las chicas de mi promoción quedábamos en Granada para recordar viejos tiempos. Nos reuníamos otra vez más, para renovar y crear a partir de nuestros idealizados recuerdos otros nuevos e irreales que nada tendrían que ver con la realidad. Aunque para mí, era de nuevo una tapadera y una nueva excusa para verme con Fidel.

Fidel había sido uno de mis profesores de la facultad con el que había mantenido un ardiente romance y del que seguía muy enganchada. Y digo, seguía enganchada porque yo para él había sido un escape sexual y conmigo equilibraba su aburrida vida marital.

Este año, por motivos logísticos, habíamos establecido la quedada a mediados de octubre y como de costumbre nos hospedábamos en el Eurostars Gran Vía 5*, un emblemático hotel emplazado en un edificio del S.XIX en la Gran Vía de Colón. Un hotel de estilo renacentista y minimalista que se había convertido para nosotras en un oasis de descanso y bienestar en el centro de la ciudad, aunque para mí era algo más. Para mí era mi espacio para sentir, para ser mi verdadero yo y para gozar libre de ataduras.

Desde el hotel disfrutábamos siempre de unas vistas increíbles y solíamos aprovechar el

fin de semana para subir varias veces a la terraza de la azotea y allí conversar alegremente mientras observábamos la Alhambra, Sierra Nevada y sucumbíamos a las inspiradoras vistas de la Catedral. Yo, como de costumbre, no compartía habitación con ninguna de mis ex-compañeras, algunas amigas y otras no tanto. Todas eran conocedoras de lo mío con Fidel, era algo que jamás había escondido cuando éramos profesor y alumna. Siempre pensé que él era quien tenía algo que ocultar puesto que estaba casado y la culpabilidad no era un sentimiento que me acompañase en aquel momento.

Una vez en mi habitación, llamé a Carlos para decirle que había llegado bien, para que diese un beso a los niños y para avisarlo de que iba a apagar el teléfono para poder disfrutar del fin de semana con las chicas. Llevaba haciéndolo 10 años ya, jamás me había puesto ninguna pega, aunque este año lo había notado un poco ausente o tal vez sería yo, no lo sé.

A Fidel ya lo había avisado de mi llegada al hotel y él había inventado una vez más una excusa. Esta vez sería un viaje fuera de la ciudad para asistir a un congreso sobre criminología, aunque las excusas sobran porque a su mujer le daba un poco igual lo que hacía en su tiempo libre. A ella lo único que le gustaba era tener un marido más joven y que le pudiese acompañar de vez en cuando a algunas de sus inauguraciones.

De nuevo nuestro encuentro iba a ser perfecto, el plan era que yo sólo comería con las chicas el primer día y luego me encerraría en mi burbuja, en mi habitáculo de juego sin pensar en nada más. Salir a la calle no era nunca una opción que nos sedujese, ni siquiera un poco, en ella quedaríamos desprotegidos, estaríamos a la vista y ya teníamos esa sensación aun estando encerrados. Siempre nos sentíamos cegados y observados desde dentro, sin necesidad de salir fuera y estar en la palestra.

Una vez más, y justo después de comer con las chicas, me disculpé y me retiré a mi habitación. Fidel llegó enseguida como estaba previsto. Al abrirle la

puerta me abrazo a él cerrando los ojos sin querer pensar en nada más. Fue de nuevo esa sensación de no elegir lo que sientes, de sentir sin más porque no elegimos a quien amamos, ni tampoco quien nos ama. Rápidamente la calidez inicial que sentí al llegar a mi habitación desapareció otorgándole relevancia, su presencia recreó un nuevo ambiente menos relajado, incluso libidinoso. La amplitud del exterior penetró con él a su llegada y ambas comenzaron a atormentarme. Inundada y atrapada por su mirada empezamos a besarnos sin mediar palabra, no podíamos ni queríamos hablar de nada, aquel momento era para otra cosa, para otro diálogo para el que no era necesario usar palabras. En aquella habitación hablarían nuestros cuerpos, se susurrarían caricias y se entrelazarían hasta ser uno solo.

Allí, en aquella habitación, íbamos a tratar de recuperar un año perdido, un año de ensoñaciones no vividas, de deseos enjuiciados por nosotros mismos porque aquello era nuestra vida, mi vida.

Esta vez no nos dejaríamos escapar, yo no volvería a casa y Fidel tampoco lo haría. Cuando nos conocimos no supimos amarnos, quisimos pero fue aquello de dejarse decidir por otros, aquello de no ser dueño de uno mismo y 10 años era demasiado tiempo.

Cansados y doloridos de añorarnos en la distancia, marmoleados en nuestros hogares y asépticos a lo que ocurría a nuestro alrededor, allí le pusimos fin al pasado.

A la mañana siguiente, embravecidos por la cercanía de nuestros cuerpos casi etéreos, nuestro momento había llegado.

Ninguno de los dos volveríamos a casa.
Ya nos tocaba vivir.

Otra noche leyendo microrrelatos en un Eurostars

VII Edición 2018

Autora: María Luisa Campos Camacho

Dejo caer un Valium con convicción en mi vaso ancho de whisky destilado en una lejana isla de Escocia. Cuando se ha disuelto en el líquido de oro, me lo bebo de un trago. Tengo veinte minutos antes de dormirme. Cojo un volumen de microrrelatos que hay en la mesilla del hotel y me propongo leer uno, solo uno. Abro al azar una de las páginas, como quien cierra el tambor de un revólver sellando su suerte a la ruleta rusa, y leo el título del elegido y su primer párrafo:

El último brandy.

Nunca nadie ha escapado de la prisión de Ciudadela. En 1756, después de siete años de guerra y más de setenta de ocupación inglesa, Menorca es posesión de Francia. Soy H. Melville, marinero inglés enrolado en Londres. Tras dos años de calabozo en Ciudadela, voy a fugarme.

Whisky con Valium, brandy; se ve que esta noche la cosa va de licores. Paro un poco con el microrrelato y noto la primera oleada incontenible de sueño cuando Loreto, mi amiga, con quien comparto la habitación hasta que acabe el congreso de Criminología, me dice entre gritos de dolor y ansiedad que ha roto aguas. Casi sin mirarla, le digo que esté tranquila. Abro por la página indicada y continúo con la lectura:

Estoy enterrado en Cala Turqueta. He salido en un ataúd, dado por muerto por los carceleros franceses. Un contacto viene a desenterrarme a medianoche. Ama el brandy de Jerez. Le han dado como pago una botella de un buen brandy con oro dentro. Solo él conoce mi ubicación. Todo está muy oscuro aquí abajo.

Mientras Loreto se desgañita con gritos de dolor en su cama, al fondo de la habitación, junto al ventanal por el que asoma una luna que parece la de Saint-Rémy de Van Gogh, me acerco a ella y le indico que jadee y que intente relajarse en lo posible. Marco el número de urgencias y luego el de recepción. Al primero no me contestan y,

en el segundo, me indican que suben rápidamente, aunque en esos momentos se hallan atendiendo un imprevisto: otra huésped del hotel está de parto.

–Todo va a salir bien – le susurro mientras corro parcialmente las cortinas del ventanal y enciendo el hilo radiante del suelo del baño, una particularidad de las habitaciones skyline del hotel.

Cuando Loreto se tranquiliza algo, empieza a jadear y consigue controlar, dentro de lo que cabe, las primeras contracciones. Miro la hora en el móvil y veo que son las doce menos diez. No me quedan más de diez minutos antes de dormirme, de caer inevitablemente en el sueño más profundo. Mirando por el ventanal diviso los otros rascacielos cercanos a Plaza de Castilla, bajo ellos, igual que un mar de algas iridiscentes como una vez vi en la Polinesia, se extienden en un grandioso espectáculo las luces de la gran metrópoli. Diez minutos en los que mi amiga y el bebé pueden morir o diez minutos para que una nueva vida ilumine al mundo: primero con un llanto y luego con incontables sonrisas.

Compruebo que el hilo radiante ya calienta el suelo, hago sobre él un lecho de toallas. Traslado a Loreto al baño en brazos y la acomodo sobre las blandas y acogedoras toallas. Con la cabeza algo más elevada, le coloco las piernas separadas en la postura más cómoda para el parto. Mientras ella continúa jadeando, las contracciones son más frecuentes y está ya claramente dilatando. Vuelvo a la cama y me pongo a leer el final del microrrelato, mientras veo que el móvil marca las doce menos cinco y un telón negro empieza a caer inexorable sobre mi cabeza:

Pasada media hora de las doce, H. Melville comienza a impacientarse. Para ver su reloj de bolsillo enciende un fósforo dentro del claustrofóbico ataúd. A sus pies, descubre una botella de brandy añejo, dentro de ella refulgen, en la

oscuridad cerrada de las profundidades de la tierra, unas monedas de oro.

FIN

Pensando en el extraño y terrible final del microrrelato, me dirijo al baño, donde mi amiga ya se ha puesto de parto. Me arrodillo ante ella y empiezo a atenderla, cuidando de todo detalle y pensando que no se me escape nada, mientras rezo para que la ayuda aparezca cuanto antes.

-Todo va a salir bien –le repito a Loreto y, en ese momento, veo que el bebé, que ya asoma por entre las piernas de su madre, viene con corbata.

Intento como puedo quitarle el cordón umbilical enroscado alrededor del cuello. Cuando al final lo consigo, todo sucede ya muy rápido. En pocos segundos tengo al bebé en mis brazos y aunque al principio no llora, luego lo hace, rompiendo la quietud de la planta 22 del hotel. Es un niño. Su madre llora también, pero de profunda alegría. Y justo cuando me veo ante la papeleta de cortarle el cordón umbilical, aparecen por la puerta de la habitación dos recepcionistas muy preocupadas con un médico.

-El libro de microrrelatos no está nada mal y el whisky es excelente – le digo a una de las recepcionistas mientras el doctor y la otra le cortan el cordón al bebé y ayudan a mi amiga al alumbramiento de la placenta. - En cuanto al niño, le podrían llamar Melville-.

Por cierto, mi nombre es Maica y soy una detective privado que colabora con la policía de Huesca investigando crímenes presuntamente cometidos en la zona de los Pirineos, aunque es normal que esto no os diga absolutamente nada. Ahora, voy a dormir.

La trama de los impresionistas

VII Edición 2018

Autora: Yolanda Alonso Sanz

Nunca olvidaré aquella noche... ¡Papá decidió darnos una sorpresa a todos! Iríamos un fin de semana a Madrid. Como mamá era artista, pasaríamos el sábado visitando museos e intercalaríamos algún taller creativo donde inspirar nuestro espíritu. Y el domingo elegía papá, así que subiríamos la Pedriza de Madrid.

A mi hermano Nico y a mí, los dos planes nos parecían bien porque nos encantaba pintar cuadros y observar a los insectos, las aves y, con suerte, algún ciervo o jabalí. También disfrutábamos con las plantas aromáticas, nos encantaba untarnos las manos con ellas y luego acercárnoslas a la nariz para respirar muy fuerte e impregnarnos con su aroma. Lo que menos nos entusiasmaba era la caminata que nos esperaba, pero papá nos prometió un baño en un sitio mágico llamado “la charca verde”.

Sábado noche; el día había transcurrido lleno de emociones. Visitamos el museo de la Naturaleza y el de Fundación Mapfre. Nos encantó Zuloaga. Aquí mi madre nos explicó cómo influyeron en el pintor las tendencias pictóricas de otros a los que él admiraba. Así mezcló estas admiraciones y pintó los cuerpos y caras alargados y espirituales como el Greco, trabajó los retratos como Velázquez y, lo curioso del tema, lo fundió con fondos de pinceladas sueltas inspirado por Gauguin y Toulouse-Lautrec.

“¡Madre mía qué bien le había salido semejante pastel!” Pensé yo. ¿Pero quiénes eran esos impresionistas a los que tanto admiró Zuloaga? Y fuimos de cabeza al Thyssen-Bornemisza. Mi preferido sin dudarlo, fue Van Gogh. Nico y yo queríamos pintar como él, imitar sus pinceladas de múltiples colores, divertidas y onduladas pero precisas.

Llegamos al gran Hotel Eurostars Madrid Foro al anochecer, la cara de mi hermano y la mía eran un poema al atravesar el enorme hall y mirar hacia arriba.

– ¡Mira Jimena, parece el nautilo del museo de la naturaleza!

– ¡Oh! – contesté yo. – ¡Volaremos la maqueta de Leonardo da Vinci por el cíiiiirculo!

Mis padres iban cargadísimos. Era una noche especial. En el hotel se celebraba el 25 aniversario con una gran cena de gala inspirada en el siglo XIX; así que todos debíamos ir vestidos de época.

¡La habitación era grandísima! ¡Y la bañera una pasada! Nico y yo nos metimos con bañadores y gafas de bucear. De pronto mi padre le dio a los chorros y parecía que estuviésemos debajo de una cascada.

¡Cuando salimos del baño mis padres estaban desconocidos! ¡Guapísimos! Mi madre con un vestido largo, guantes y un elegante sombrero puesto de lado sobre su pelo recogido y mi padre con un traje chaqué negro y pajarita. Lo que no nos gustó tanto fue la pintilla con la que salimos nosotros a mí me pusieron un vestido rosa lleno de horribles lazos y a mi hermano unos pantalones que se recogían por debajo de las rodillas con un botón y se sujetaban con tirantes.

Nos dirigimos al gran salón, yo iba emocionada mirándolo todo: jarrones de flores blancas y rojas, estatuas, cuadros enormes en las paredes y, por fin, un inmenso salón, con lámparas de cristales colgando del techo, mesas redondas con manteles impecables y centros de flores para los comensales y al fondo, lo mejor, una orquesta de músicos disfrazados como mi padre que tocaban música de la época para amenizar la reunión.

Comenzó la cena, mi hermano y yo hicimos migas con otros dos hermanos que se sentaron en nuestra misma mesa: Santos y Carmen y un amigo de éstos muy espabilado que se llamaba Iván. Así que mientras los mayores pasaban a la tertulia y los dulces, nosotros decidimos jugar a los espías.

Nos escondimos detrás de unas cortinas de color verde terciopelo y tras un breve instante, vimos como un hombrecillo de piernas muy cortas salía con prisa seguido por un grupo de hombres disfrazados de época entre los que destacaba uno de barba pelirroja.

– ¿Dónde irán con esas prisas? – Dijo Santos. – ¡Algo tramán!
¡Y la cosa se puso interesante! Les seguimos escondiéndonos tras los jarrones y las estatuas hasta el *hall*. Allí se pusieron en círculo y el hombrecillo dijo:
– ¡Rápido, coged vuestros maletines y no perdáis tiempo! Aquí tengo las tarjetas de las habitaciones que le he cogido prestadas al recepcionista en un descuido. Tú Monet irás a la sexta planta, tú Gauguin a la quinta, tú Van Gogh a la cuarta, tú Cezanne a la tercera, tú Renoir y así hasta la primera.

¿Pero qué tramaban?

– Tú Iván - dijo Santos, que era el mayor de todos – a la sexta planta, tú Carmen a la quinta, tú Jimena a por tu querido Van Gogh a la cuarta, tú Nico a la tercera y yo os serviré de apoyo logístico a todos.

Así lo hicimos sin perder ni un minuto. Yo concretamente seguí a mi superpintor Van Gogh y cuál fue mi sorpresa cuando abrió con la tarjeta en un periquete la habitación 404, que casualmente era la nuestra.

Mientras los demás espiaban por la mirilla, yo bajé corriendo al gran salón, me tiré a los brazos de mi padre para hacerle una carantoña y subí igual de deprisa con nuestra tarjeta en mis manos. Silenciosamente entré en la habitación tras Van Gogh y ¡cuál fue mi sorpresa cuando lo pillé en plena faena!

¡El mismísimo Van Gogh la emprendió a pinceladas con las fotografías de Madrid que decoraban nuestra habitación! Mientras murmuraba:

- Estas fotografías son magníficas, pero ¿en blanco y negro?, aquí falta color, alegría, movimiento. ¡Oh!, ¡Ahora sí que impresionan! - dijo en voz alta mientras contemplaba su obra. Y, rápidamente, se dirigió a la siguiente habitación.

Aquellos hombres eran Toulouse-Lautrec, Gauguin, Van Gogh, Cezanne, Monet, Renoir los impresionistas y pos impresionistas que habíamos visto en el museo. Nadie nos iba a creer, especialmente mis padres.

¡Toque de retirada! Los pintores habían acabado su misión. Muy orgullosos, se dirigieron de nuevo al salón donde, sin apenas darnos cuenta, se fundieron entre los comensales que bailaban. Todos menos uno, el hombrecillo de piernas cortas, Toulouse-Lautrec, que sentado en una mesa, muy tranquilo e inspirado, los pintaba a todos.

Hotel Cuba

VII Edición 2018

Autor: Alejandro Lapresta Fernández

Los tules se arremolinaban entre el balcón y la estancia principal de la habitación de su hotel. En la calle, un bullicio de gente se enfrascaba en los asuntos más banales de aquellas horas de la noche. Trapicheos, niños desarbolados buscando su oportunidad, trileros estafadores de dispares alcornias y prostitución a la carta. Mención especial eran las santeras con sus tremendos puros habanos. Le costó un par de buenaventuras conseguir uno de aquellos puros. Podía haberlos conseguido por ahí en alguna tienda de tabaco, pero él quiso uno de aquellos. Los consideraba más auténticos.

El olor de los almendrones lo tenía agarrado aún en su garganta y no se iba ni con la ginebra inglesa que tomaba con lima y hielo derretido. A más de media botella llegaba la quita. Sobre su mesita, Basilio había dejado su sombrero Panamá al lado de una bolsa pegajosa con guayabas y bananas. Y sobre el sombrero, el puro habano.

Su coche aguardaba en la calle. Un Chrysler rojo de los años cuarenta y bastante bien adecentado que rezumaba demasiado glamour para pasar desapercibido, si no fuera por el saco vacío de azúcar refinado que utilizaba como ventanilla delantera. Nada mejor para evitar otro robo que un coche abierto. Nada que esconder, si no fuera porque en el cajón de su mesita del hotel guardaba uno de los incunables sustraídos de la biblioteca de Salamanca y que era añorado por su interlocutor para llevárselo a Harvard, a cambio del manuscrito que buscaba Basilio. Un trueque descabellado que le llevó desde Ginebra a las más melancólicas y polvorientas librerías de centro Europa hasta llegar a parar, sorteando las cloacas de la muerte, a Trinidad de Cuba.

Su contacto era un músico de La Casa de la Trova. Su nombre era Max. Nombre poco cubano para pasar desapercibido. Esperaba sobre la cama mientras contemplaba cómo naufragaban las aspas del ventilador a cada giro. Si no fuera por el ruido que emitía, se habría quedado dormido. Así que, miró su reloj y se dirigió al baño a tomar una ducha fría, no sin antes pagar el peaje de terminar su ginebra aguada. Tenía la sensación que su vida se deshacía como los hielos de su ginebra. Estoy mayor para dejar un cuerpo para el deseo como Marilyn, pensó Basilio después de un largo sorbo. Puso la radio y buscó una emisora cualquiera. Le parecía la misma música en todos los sitios y ya tenía incrustada en su cabeza el mismo son, así que desistió sin más. La ducha fría calmó la tensión que la ginebra no supo adormecer y luego se vistió: pantalones de lino

blanco, guayabera compañera y su sombrero panameño. Puestos a morir, que sea con estilo, se dijo.

Cogió su mochila de cuero gastado e introdujo con cuidado el incunable. Miró hacia atrás, como si se despidiera de su pasado, y marchó entonando un son hasta el vestíbulo del hotel. Allí, sentado en una incómoda silla, ordenó una ginebra con mucho hielo mezclada con el jugo de medio limón.

– Su ginebra señor. – le dijo el camarero dejándola sobre la mesa.

Cuando estaba a punto de dar las gracias, el camarero se sentó en su mesa.

– ¿Y usted por qué... ? – le reprochó Basilio mirándolo a los ojos.

– No soy camarero, ni tampoco soy Max. Soy Zúñiga, trabajo para él. Le espera en la Casa de la Trova. Me ha enviado para protegerle a usted y a su mercancía.

¿Protegerme? Basilio tragó saliva desconcertado. De repente se veía envuelto en una trama de espías que sólo había visto en Sean Connery como James Bond. El mejor de todos, sin duda.

Se trataba de un tipo delgado, con la piel barnizada por el sol y mayor que él. Llevaba una boina de hilo tipo cubana y ancha guayabera blanca. Podría decirse que era su versión cubana perfeccionada si no fuera porque le faltaban algunos dientes.

Basilio miró a su ginebra con resignación, como el perro chico que mira cómo su comida se la roba un perro más listo y con más hambre que él. Y sombrío miró al barman.

– No se preocupe por esa inmundicia anglosajona. En la Trova sobrevivirá un día más sin esa miseria de licor. – le dijo Zúñiga. Sin estar convencido de dejar allí su ginebra intacta, acompañó a Zúñiga fuera del hotel. Allí, arrancó una Minsk verde de 125 centímetros cúbicos y agarró una guitarra que apoyaba sobre el suelo. Zúñiga le pidió que la llevara, así que se la asió a la espalda mientras palpaba con su mano su cartera de cuero que colocó entre Zúñiga y él.

El adoquinado no ayudaba a mantener la guitarra con vida, pero pronto llegaron a la Trova. Una moto MZ alemana aparcada en un lateral les daba la bienvenida. Un hombre vestido con traje oscuro occidental ni miró a Zúñiga cuando entraron por la puerta mientras que Basilio entró callado y tragándose la adrenalina. Trinidad bullía de turistas ansiosos por divertirse y allí confluían casi todos.

Cuando lo vieron entrar, una acaramelada pareja, que compartían un mojito, se levantó de su mesa y se pusieron a bailar salsa.

– Nos sentamos aquí – le indicó Zúñiga – esperaremos hasta que llegue Max. ¿Le apetece algo?

– Una ginebra con el zumo de medio limón y con hielo que aguante más de dos minutos.

Zúñiga se levantó con una sonrisa para volver al rato con dos tequilas, dos mojitos y con una mirada de decir “es lo que hay”.

– A ver el incunable – le pidió Zúñiga cuando brindaron con el tequila.

– Sólo se lo enseñaré a Max.

El silencio se apoderó de ellos como si de una mesa de póker se tratara.

– Yo soy Max.

– Y yo Lady Di. – le contestó Basilio con incrédulo desdén.

Zúñiga soltó una sonora carcajada.

– Me cae usted bien, señor Basilio.

Y Zúñiga le enseñó el manuscrito que tenía pegado debajo de la mesa.

En verdad, Zúñiga era Max.

– El señor Harvard espera. – le inquirió Zúñiga.

Y Basilio sacó su incunable.

Salamanca 1900

VII Edición 2018

Autora: Cristina Sayago Gómez

Pocas veces en la vida se presenta una oportunidad como la que se le presentó a Calixta esa mañana de 1900. Ese día llegaba un escritor muy importante a la ciudad de Salamanca, un tal Unamuno, del que Calixta había leído todos los libros publicados hasta la fecha. El escritor llegaba para incorporarse a dar clases en la Universidad de la ciudad.

Calixta trabajaba en el personal de limpieza de un prestigioso hotel de la ciudad, aunque su sueño siempre fue ir a la Universidad a estudiar letras. Pero por aquellas fechas no todas las mujeres tenían la oportunidad de estudiar libremente, lo convencional era encontrar marido pronto, casarse, tener hijos y cuidar de la casa. Ella se encontraba prometida con Tomás, hijo de un panadero, del que estaba completamente enamorada, pero su sueño nunca había sido ser “esposa y mujer de bien” cómo se las denominaba en aquella fecha. Ella aspiraba a más y lo que no sabía es que ese día al menos cumpliría una parte de su sueño, el de asistir a la Universidad.

Cuando se encontraba limpiando una de las habitaciones de la planta tercera, descubrió, encima del escritorio, unos papeles en los que especificaban la hora y día en que Unamuno impartiría su primera clase. La estancia estaba ocupada por un joven periodista que venía desde Madrid para cubrir el evento. Además de unos papeles con la fecha y la hora, estaba también su acreditación para el evento, su libreta con los apuntes y su cámara fotográfica. Miró el reloj y descubrió que la cita era en una hora, pero todas las cosas del periodista seguían allí.

Justo en ese momento entró una de sus compañeras, Clotilde, una viuda que trabajaba para poder mantener a sus tres hijos.

- Me han contado que anoche en una habitación de la cuarta planta montaron una fiesta, duró hasta las ocho de la mañana. ¡Un escándalo! Tal era el ruido que llamaron a la Guardia Civil. Se los tuvieron que llevar al calabozo, al menos pasarán hasta esta noche allí como castigo.

- ¿Y sabes de quiénes se trata?
- Sí, de los periodistas que venían a cubrir el evento del escritor ese que viene hoy a la ciudad. De hecho, uno de ellos se hospeda en esta habitación. Calixta no podía creerlo, aquella persona tenía la oportunidad de ir a algo que ella siempre había soñado y la había desaprovechado.
- ¿Qué piensas, Calixta?
- Pienso que sería una pena que alguien se perdiera un acto como éste, al que a mí me encantaría asistir.
- ¿Y por qué no vas tú?
- ¿Yo? ¿Qué dices? Además esta acreditación es para un hombre.
- ¿Y cuál es el problema? Te pones la ropa de este muchacho, coges su acreditación y listo.
- ¿Y mi trabajo? Esto es dentro de menos de una hora, y aún me quedan diez habitaciones por limpiar, es imposible.
- Por eso no te preocupes, yo ya he terminado con las mías, hago las tuyas hasta que regreses.

Abrieron el armario, cogieron un par de pantalones marrones, un chaleco rojo y una chaqueta que le quedaba un poco grande pero apenas se notaba. Para ocultar el pelo, se colocó una gorra plana. Tomó de la mesa los papeles del periodista, su acreditación, el cuaderno y la cámara.

Salió del hotel como alma que lleva el diablo, apenas quedaban veinte minutos para que el acto diera comienzo.

Cuando llegó a la sala donde tenía lugar el acontecimiento aún faltaban cinco minutos para que comenzara, depositó todos los enseres del periodista en la mesa, estaba cargada de adrenalina, en su vida pensó hacer algo semejante.

Pasados esos cinco minutos, Unamuno entró por la puerta, y durante su camino al atril estuvo acompañado por las luces que desprendían las cámaras. Y en ese preciso instante, Calixta sintió que había cumplido su sueño.

Oh happy day

VII Edición 2018

Autor: Manuel Serrano Sánchez

18:40 “Como sé que te gusta el Gospel, te dejo una entrada a tu nombre en el hotel :) No podré acompañarte, disfruta de la velada.” El wasap es de Cecilio Cabrera, cliente de mi empresa, y amigo a fuerza de horas compartidas de discusiones comerciales. Llegaré a las 19:00 al hotel, así que tengo tiempo de darme una ducha y acercarme al teatro sin prisas.

19:10 Recepción, en mi hotel favorito de Madrid, situado en una de las cuatro torres de Chamartín. Cuando has viajado mucho, el criterio para elegir hotel se simplifica: ausencia de ruido, una cama amplia con almohada confortable, y un baño donde todo funcione perfectamente. El Eurostars cumple con creces todas esas premisas. El solícito recepcionista me entrega la llave y un sobre a mi nombre con el membrete de AEROSPATIALE.

21:30 Un palco con visibilidad perfecta. Canta Elisetta Franklin, una de esas diosas negras con una voz sin límites de escala y con un endiablado ritmo en cada palabra y movimiento que interpreta. Suena *Wade in the water*; se me van los pies.

21:45 Aparece una chica en la silla de al lado, completando el aforo del palco. Arranca *Your love is lifting me higher*; no puedo evitar incorporarme, empezar a palmear y alzar los brazos al cielo.

21:56 La chica se levanta y me dice algo que no comprendo. Interpreto que es un comentario del tipo “¡me encanta!” y le sonrío asintiendo.

21:57 Me vuelve a hablar: – El USB – le entiendo ahora.
– ¿Cómo?, ¿Qué? – le contesto.
Su expresión pasa de la frialdad al hartazgo: – El USB, ¡imbécil!

21:58 Aplausos a Elisetta. Aprovecho para aclarar las cosas:

– No sé de qué me hablas. ¿Quién eres? ¿Qué USB? – ahora me mira mosqueada. Teclea un instante en el móvil, sin apartar su mirada de la mía.

22:00 Empiezan los acordes de *I saw the light*, que oigo de fondo porque ya no atiendo al concierto, sino a ella.

– Ahora se lo cuentas todo a Omar el guapo – me dice. Se hace de noche.

??:?? Me duele la parte de atrás de la cabeza. Tardo unos segundos en enfocar. Veo mi maleta y me doy cuenta de que estoy en mi habitación del hotel, pero está totalmente desordenada, y mi equipaje por el suelo y destrozado.

??:?? Se me ocurre que estoy en una escena de una película que todavía no he visto de David Lynch o de Tarantino. Reconozco, en una silla, a la chica del concierto. Es delgada, ahora aprecio mejor la dureza de sus facciones, nunca podría convencerme de que sonrío a menudo. A su izquierda, de pie junto a la ventana, un tipo de dos metros, con cara de boxeador, y que apostaría conoce la cárcel en profundidad, por los tatuajes, y por la extraña cicatriz que tiene en lo que le queda de la oreja derecha. En el silloncito, a la izquierda del gigante, hay otro tipo grande, éste a lo ancho, calvo afeitado, con cara de bestia, de los feos dispuestos a jurar que siempre han querido tener esa pinta. Veo la hora en el reloj de la mesilla de noche.

00:18 – Ya se despierta, Omar – avisa la chica al calvo.
– Escúchame bien, – me dice Omar – No tenemos toda la noche; si no me das el USB, mi amigo va a tener que ver si te lo has tragado y no va a ser agradable. La amenaza consigue su propósito y me aterroriza. Tengo mal cuerpo, necesito ir al baño. Condescendiente, Omar me da su permiso.

00:20 Agua fría, necesito pensar. Lo primero, cómo salir de ésta. Ya aclararé lo del maldito USB después. Están los tres en la parte interior de la habitación. Tengo solo una oportunidad: salir corriendo hacia la puerta y huir por la escalera de incendios.

00:27 No sé cómo, pero he salido corriendo hacia la puerta, que he abierto sin mirar atrás. También llego a la escalera de incendios. Oigo gritos y maldiciones a mi espalda.

00:37 Ahora soy consciente de que estaba en el piso 18. Por los pasos que oigo detrás, pesados y sonoros, deduzco que solo me acompaña el gigante. Voy a desfallecer.

00:42 Salgo a la calle.
– ¡Alto! ¡Policía! – me quedo petrificado mientras oigo detrás de mí pisadas que frenan en seco.

01:20 Sentado frente a Cecilio, en el hall del hotel.
– Discúlpame – me cuenta avergonzado – el gobierno nos solicitó colaboración para atrapar a una banda de contrabandistas que vende material aeronáutico sensible a las peores manos. Ya sabes: estados fallidos, grupos terroristas... El anzuelo era un USB con unos planos supuestamente valiosos que un agente del CNI les pasaría esta noche en el concierto. Como se barajaron varias ubicaciones para la acción, y al final sobraron entradas, las repartí entre los amigos. No sé cómo se pudieron mezclar. El caso es que cuando el agente Marcial vio que su contacto previsto no paraba de cantar, ya mediado el concierto, *What a friend we have in Jesus*, dio por hecho que el plan había fallado. Enseguida se llegó a la conclusión de que los contrabandistas contactaron por error contigo. Y empezó la búsqueda.

01:32 El resto de la historia la fueron completando entre Cecilio y el director del hotel. Los contrabandistas me registraron y, usando como pista la llave del hotel, me trajeron de vuelta con la esperanza de encontrar ahí lo que buscaban. La cámara de seguridad grabó entrando desde el parking a una chica sujetando a alguien que parecía borracho, acompañados ambos de un tipo gordo y otro enorme. El grupo desentonaba tanto que los siguieron por las distintas cámaras hasta mi habitación y llamaron a la policía. Tuve mucha suerte, Omar y su gente nunca me hubieran dejado vivo.

03:10 Me han dado una suite. Estoy molido. Tengo la sensación de haberme caído por un terraplén para acabar en un sitio parecido al paraíso. Inconscientemente, con la sensación de estar totalmente a salvo, me duermo tarareando *Oh happy day*.

Valeria

VII Edición 2018

Autora: Eva María Rodríguez

Hotel Las Claras
Salón Fernando de Rojas

Exposición individual de pintura de D. Pablo Fillol, Doctor en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca.

Calle de la Marquesa de Almarza
Salamanca

Otro día de lluvia sin fin y el tiempo no tenía intención de mejorar. Caía la tarde, las pocas luces del día daban paso a la oscuridad. Las farolas de la calle se iban encendiendo con parsimonia, iluminando de azufre las aceras. Al trasluz, la fina cortina de agua, alargaba los destellos y los fragmentaba en pequeños puntos que caían con cada gota, como si fuese una lluvia de diamantes, o al menos eso pensaba Pablo, mientras miraba embelesado por la ventana de su habitación. Calle arriba se recortaba majestuosa la fachada del hotel, con sus tonos dorados, y a lo lejos la Torre del Clavero. Entonces la vio, caminaba descalza como la otra vez, arrastrando el largo abrigo de lana. Unos finos copos de nieve empezaron a caer sobre su rostro, haciéndolo aún más frío y desafiante. Se paró frente a la casa y dirigió su mirada hacia el lugar por donde había venido observando las tímidas huellas que habían dejado sus pies desnudos. Después, levantó la mirada hacia la ventana y se clavó en la de él. Sin dejar de mirarlo, se abrió el abrigo. Su cuerpo desnudo quedó expuesto al tul blanco que caía, posándose en sus hombros para resbalar entre sus senos y derretirse con su vida. Esa fue la última vez que la vio, su estrella sin público.

Cuando la conoció era un adolescente recién llegado a Salamanca, con ansias de conocimiento y pinceles ávidos de fama. Ella era el lado femenino de sus vírgenes lienzos. Apareció desnuda, con un velo de miedo y pudor que se perdía entre líneas de carboncillo y sombras de color sepia. Era delgada, de piel clara que latía entre

los sollozos de su ilusión. Su cuerpo se fundía durante unas horas en el campo de amapolas de la pueril aula, en una fosa con olor a guerra o en una perfecta diosa llegada del Olimpo. Pelo negro, despeinado, que con frecuencia ocultaba la mirada fugaz de unos ojos color esmeralda que muy pronto se convirtieron en la trampa de su corazón.

Unas voces en la calle le devolvieron de nuevo a su insípido vacío. El sol de aquella tarde otoñal entraba por la ventana entreabierta de la lujosa habitación del hotel. Olor a flores recién cortadas, las Peonías estaban siendo descargadas y llevadas cuidadosamente a la sala de exposiciones donde, de una forma discreta, adornarían la estancia entre las obras del artista. Aún quedaban unas horas para el acto de presentación al que asistirían ilustres personajes del arte y las letras, autoridades políticas y otros destacados invitados. El hotel se preparaba con parsimonia vistiéndose de gala.

El aire frío de la tarde le saludó pensativo y abstracto. Llegó a la Plaza Mayor y la admiró como la primera vez. El sol resbalaba perezoso por sus columnas, bañándolo todo en oro. Acompañado por la algarabía de la multitud llegó a la Universidad. Los años del pasado cayeron a plomo y, bajo ese peso, llegaron las voces barnizando recuerdos. Pero su verdadera memoria seguía en ella, Valeria, en la salvaje belleza de su mirada. Como transportado por el tiempo llegó al Tormes, sacó una peonía del bolsillo y la lanzó al agua que tantas veces profanó con sus pinceles. La flor permaneció quieta, como su vida, apagada por la muerte que llega demasiado pronto. Atrapado en recuerdos que acarician el himen perforado, arrastró su vida sin ella. A lo lejos, el tañer de las campanas de la catedral guiaron sus pasos por las calles salmantinas de regreso al hotel.

Junto al Convento de San Esteban se paró de nuevo para renovar el aire y sus pensamientos. Se echó la mano al pecho cuando sintió el dolor en su corazón,

un guiño inesperado que no late. Un sudor frío recorrió su frente renovando sus heridas. Pasó fugaz para quedarse en el silencio, escondido en un renglón de la historia que anuncia su fin. Reanudó la marcha sin miedo, sabía que tenía una tregua y su corazón se llenó de vida otra vez.

A pocos metros, el hotel acogía los flashes de las cámaras. La prensa y la TV darían testimonio de su obra como otras tantas veces lo habían hecho a lo largo de su vida.

Cuando entró en la sala todas las miradas se dirigieron al artista, al gran pintor, a la luz. Aplausos de admiración a él y a una de sus mejores exposiciones. 48 obras para 48 años de intensa creación. Eso contarían los titulares, pero para él, eran el legado de Valeria, de su vida sin ella.

Allí estaban sus telas, y su historia escrita en colores. Cientos de personas se paseaban por la galería improvisada en aquel hotel, el elegido para acoger lo concreto y lo abstracto de su alma. Sentimientos que día tras día salían de su paleta. “Techo de Salamanca”, “Cenizas en el Tormes”, “Rostro de pésame”, “Miradas a un mismo Dios”...,y rodeado de todos ellos, en el centro de la sala, allí se alzaba colosal su amado lienzo. “Desnudo” es el nombre que le dio a su obra maestra. Llegada la hora, el raso blanco que lo cubría, le dio la luz. El silencio se adueñó de la estancia durante unos minutos, para dar paso a exclamaciones de asombro a la deidad. Nunca había estado tan bella, su simplicidad le otorgaba la magnificencia. Todas las miradas se posaron en su gran amor, en la que se fue en un atardecer precipitado.

En su Valeria, que murió de una sobredosis de soledad y tristeza. El tiempo había pasado pero seguía siendo el mismo. Pensó que nunca la había llorado demasiado. Nadie se percató de su mirada líquida, nadie escuchó sus sollozos, nadie oyó como su nombre se escapaba de su boca, ni siquiera cuando el abrazo mortal apagó su vida.

Oroel

VII Edición 2018

Autor: Ander Somaloma Carro

El día pintaba de maravilla. En marcha un buen desayuno en el buffet del alojamiento y una cita pendiente para después de comer en el spa del hotel. Me esperaba el masaje relajante. Decidí redondear la jornada con un paseo por la montaña en aquella mañana tan espléndida. La naturaleza siempre me ha correspondido generosamente en mis visitas y en el entorno de Jaca su presencia es majestuosa. Me calcé las botas de monte y seguí el camino perfumado de las lavandas que circundaban el alojamiento.

El aroma que flotaba en el ambiente me pareció distinto, más especiado, como a Alumbre o Almizcle. “Nada como arrinconar el estrés para aguzar los sentidos” pensé. Respiré el etéreo regalo mientras avanzaba cómodamente. Caminé, mucho, y lo hice por primera vez en años siendo el maquinista de mi pedáneo tren, pero sin horario ni estaciones de parada obligatoria. Sólo sabía que quería abrazar de cerca la silueta de la omnipresente peña Oroel.

La parte sur parecía menos transitada, lo que necesitaba. Así que ascendí, sin pausa, durante tiempo hasta divisar una cuidada población donde, entre casas de piedra perfectamente alineadas, destacaba una preciosa ermita románica. Me recordó inmediatamente a la furtiva ermita de Sarsa que había visto el día anterior en un parque de Jaca. Sinceramente, me había parecido una ofensa para ella y para mi deleite personal no haberme detenido más en su austera belleza. Apreciarla sólo un instante desde el coche parecía ahora hasta sacrílego.

Ésta era casi un calco, pero con su ábside orientado al este, al alba, no al ocaso, como la de ayer.

– ¡Como Dios, el románico y el sol mandan! – grité eufórico.

Busqué un cartel explicativo o indicaciones por si algún paisano podría enseñármela. Oteé los alrededores y advertí la silueta de una mujer, embozada. Sin duda era joven. Llevaba ropajes medievales. Qué bien, el mercado medieval de Jaca sería en unos días y se notaba la implicación de la gente.

– Holaaa, perdona – me acerqué a la chica – ¿qué tal? – comencé . No pude más. Apenas sus ojos marrón verdosos y el lunar que sugería unos labios a desear se mostraban tras los ropajes. Suficiente para mi pasmo. Titubeé – ¿Te... te conozco? – las comisuras delataron una sonrisa semi oculta, que sus ojos mostraron abiertamente. Sin mediar palabra me entregó un pequeño escrito:

*Erosión de Roca con Almas cimentada. Entre foresta que la calma venera.
Tú, peña Eterna sana nuestra Vida huera.
Vaya, ¿es una pista? Caí; ah, San Juan de la Peña. Eres la guía de San Juan de la Peña,
ayer hablamos del crismón. Ja ja ja, esta vez fue una sonora carcajada y no una
sonrisa la que rompió la quietud. Se dio la vuelta y avanzó sin más hacia el templo.*

La seguí a unos metros, advirtiéndole su redonda y tersa juventud. Al enmarcarse su figura en el pórtico de la Iglesia me acordé de los relieves que subrayaban el poder de ese tan presente pecado capital.

Entré tras ella a la única nave central. Sólo se veía el rústico altar de roca pero ni rastro de la muchacha. En su lugar creí oír:
“Andrés, Andrés, soy Oroel. Escucha mi consejo. Yo, que presido desde el origen las dichas y desdichas humanas, atiende mi susurro. Como ningún testigo es mudo, te confío mi secreto, un secreto compartido por los que en esta tierra pétrea fueron y serán: sólo alcanza la plenitud quien deja llevar sus pasos y su alma allí donde fluye su emoción más pura. Persíguela.”

Confuso, pero extrañamente satisfecho, salí del eremitorio con una calma inusitada. Sentía un cosquilleo en la base de mi cabeza y como si unas manos invisibles acariciaran mi espalda. Cuando, sorpresivamente, un fortísimo sonido ronco me dio una vuelta al corazón

– Jjjjjjjjjjjjjggggggggnnnnnmmmm! – grité.
– Aaaaahhhhhhm! Señor, señor.... tranquilo.

Estaba tumbado, eso seguro, y sólo llevaba un tanga de papel como vestimenta. Miré a mi izquierda y divisé el ancla de mis ambiciones y recuerdo de mis obligaciones, se encontraba junto a mí, el móvil.

Por fin me ubiqué.
– Se ha quedado dormido ¿verdad?
– Creo que sí.
– No he querido despertarle mientras dormía, porque ha sonreído, se ha reído en alto y también ha emitido pequeños ronroneos de placer, pero cuando ha sonado ese super ronquido se ha alterado tanto que he creído que debía despertarle.
– Has hecho bien, gracias de verdad Julia. Lo cierto es que el masaje ha sido fantástico y la experiencia realmente evocadora. Volveré. Encantado. Seguro que unos largos en la piscina y una cena regada con un buen caldo completarán este día tan especial. Cuídate mucho y hasta pronto.

Las teselas del mosaico

VII Edición 2018

Autora: Pilar Gallar Barberá

“Córdoba. Lejana y sola. Aunque sepa los caminos, yo nunca llegaré a Córdoba”.
Así cantaba el jinete en el poema de Federico García Lorca.

Qué diferencia con la Córdoba actual y con el AVE Madrid-Córdoba en que viajaba. Iba a escuchar a don Álvaro, mi antiguo profesor de Biología de la Complutense. Me alegraba que se le rindiera un homenaje en el Instituto Maimónides de Investigación Biomédica. Además, aprovecharía para saludar a mis colegas del Hospital Reina Sofía.

La conferencia fue un éxito. Don Álvaro, a su edad, mantenía la lucidez de su juventud junto con una enorme experiencia docente e investigadora. Seguía siendo una autoridad en biología. Era un ateo muy especial: no creía en Dios, pero rezaba a la Virgen. Yo nunca me atreví a discutir con él.

-¿Dónde se hospeda? Me gustaría charlar con usted antes de regresar a Madrid.

-Los del Maimónides me reservaron habitación en el Eurostars Conquistador, frente a la Mezquita. Se puede decir que duermo dentro de ella porque el cabecero de mi cama representa un mosaico estilo mozárabe. Te espero esta tarde y disertaremos sobre mosaicos y teselas.

Con esa expectativa, me acerqué al hotel. Don Álvaro me esperaba en el patio andaluz.

– Tú también eres un mosaico formado por una miríada de teselas – el viejo profesor me sorprendió con la comparación.

– Pero espero ser algo más que esas pequeñas piedras que conforman los mosaicos— protesté – aunque ya sé que soy hidrógeno y oxígeno en un 70%. También carbono, nitrógeno, calcio y, en menor proporción, también estoy formada por otros muchos elementos de la tabla periódica. Mis átomos se combinan dando lugar a moléculas simples...

– Por ahora, en nada te diferencias, todavía, de una roca o de una aleación de metales – me interrumpió el profesor. ¿Quería examinarme de biología?

– Bien, seguiré analizando mis teselas. Mis moléculas son complejas, organizadas,

conformando células con metabolismo, capacidad de vida, de reproducción y de muerte. El núcleo de mis células contiene cromosomas y cada cromosoma es una sucesión de genes – quise demostrarle que fui una alumna aventajada.

– Es cierto— y prosiguió don Álvaro – los genes son secuencias de ADN que llevan instrucciones para la vida. Las complejas cadenas helicoidales de ADN han sido desplegadas y analizadas con potentes microscopios y ordenadores. Aunque pasarán décadas hasta su total comprensión, el código genético del genoma humano ha sido descifrado y comparado con otros animales superiores.

– ¿Con el perro o con el caballo? – le pregunté con cierta sorna.

– Me refería a los grandes simios que, como primates superiores que son, comparten con el ser humano el 98,4 % de su ADN. Poseen un mundo emocional complejo, con recuerdos, imaginación, empatía, capacidad de engaño, sentido del humor y de la amistad, conciencia de sí mismos y de la muerte.

– Cuántas teselas en común. Sólo me diferencio de un chimpancé, de un gorila o de un orangután en el 1,6% de mi genoma. El hombre les debe reconocer el derecho a la vida en su hábitat. Diane Fossey dio la vida por ello – reflexioné.

El profesor continuó con su discurso:

– Ahora bien, respecto a los animales superiores, somos diferentes en nuestro sistema inmunitario, el que nos sirve para la autodefensa de agresiones propias o externas. Y te añado otro dato: pese a quien pese, todas las razas y etnias tenemos el mismo genoma. En nada nos diferenciamos de un etíope, de un japonés o de un árabe. Tenemos las mismas teselas básicas.

– Pero yo soy única, profesor – declaré – en mi mosaico también hay teselas que son consecuencia del ambiente familiar, de la educación y de una constelación de circunstancias de mi vida.

– Sí, aunque ninguna es excepcional. Si en una extensa base de datos, cruzáramos tu sexo, edad, residencia, religión, grado de estudios y nivel socio-

económico daría por resultado miles de nombres, entre ellos el tuyo – no quería darme por vencida. Contrapuse mi argumento final, aunque dudaba que convenciese al profesor.

– Otra característica diferencial del genoma humano es la regulación e integración neurológica de sus funciones superiores. ¿Será ahí donde reside el alma? No es mi genética ni mis circunstancias lo que me hace ser única e irrepetible. Para mí, la clave es el significado del mosaico, su razón de ser, su finalidad. Lo que me hace diferente es lo que represento para mí, para los demás y para Dios. No es mi herencia o mis circunstancias; es mi proyecto de vida, de futuro, lo que me hace ser única.

– ¡Al final salió tu vena religiosa!

Nos despedimos con la promesa de mantener otras reuniones. Seguía vivo el respeto y cariño que sentía por mi viejo profesor.

Cuando meses después asistí a su funeral, pedí a la Virgen por él.



EUROSTARS
HOTELS

© Eurostars Hotels 2018
Todos los derechos reservados